

ENTRE LACAN Y EL FREUDOMARXISMO:
ITINERARIOS DE ALTHUSSER EN LA CULTURA
PSICOANALÍTICA ARGENTINA

Marcelo Starvenbaum

Introducción

La cultura psicoanalítica constituyó uno de los espacios destacados de la circulación de la obra Althusser en Argentina durante las décadas de 1960 y 1970¹. El objetivo de este capítulo es analizar la recepción de las tesis althusserianas en uno de los segmentos de aquella cultura, el de los grupos de psicoanalistas que protagonizaron la ruptura de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) hacia fines de los años sesentas. La indagación sobre este espacio resulta significativo dado que los modos predominantes de representar el vínculo entre marxismo y psicoanálisis se filiaban en la tradición freudomarxista. Si bien distintos aspectos propios del althusserianismo estuvieron presentes en los posicionamientos delimitados, las operaciones de aproximación entre marxismo y psicoanálisis se cifraban en términos de analogía. Asimismo, nos detenemos en el trabajo llevado a cabo en la primera mitad de la década de 1970 por Gregorio Baremlitt, uno de los psicoanalistas que había propiciado a fines de la década de 1960 el posicionamiento estructurado alrededor de las tesis althusserianas. Nos interesa analizar tanto la profundización de las críticas al freudomarxismo y al lacanismo como la introducción de la problemática de la ideología y los AIE. Finalmente, nos dedicaremos a calibrar los efectos de las lecturas de Althusser llevadas a cabo por el freudomarxismo. En primer lugar nos concentramos en la obra de León Rozitchner a los fines de delimitar un freudomarxismo anti-althusseriano. Un repaso por el trabajo desarrollado alrededor del problema de la subjetividad en la primera mitad de la década de 1960 nos permitirá comprender el carácter reactivo de su lectura del anti-humanismo althusseriano. Pasamos luego al otro lado del campo psicoanalítico argentino con el objetivo de delimitar una lectura lacaniana que no podía procesar el althusserianismo anti-lacaniano difundido a lo largo del proceso de crisis de la APA. En este sentido analizamos el debate desarrollado en *Los Libros* entre Baremlitt, quien defendía un

1 El otro espacio es el de la cultura de izquierdas. Para una aproximación integral a la recepción de Althusser en Argentina, nos permitimos remitir a nuestro trabajo *Itinerarios de Althusser en Argentina: marxismo, comunismo, psicoanálisis (1965-1976)*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de La Plata, 2017.

Althusser sin Lacan, y Miriam Chorne y Germán García, propiciadores de una articulación entre ambos corpus teóricos.

La *veta freudomarxista*: marxismo y psicoanálisis en la crisis de la APA

En 1971, la APA atravesó un proceso de crisis que derivó en la renuncia de una gran parte de sus jóvenes candidatos y miembros asociados. Dicho acontecimiento constituyó el corolario de un malestar que se venía gestando en el interior de la institución desde finales de la década de 1960. La extensión de las posiciones críticas había obedecido tanto a la oposición a la estructura jerárquica de la institución y a la proliferación de nuevas teorías y prácticas psicoanalíticas como al creciente proceso de radicalización política e intelectual experimentado a nivel nacional e internacional. La intransigencia de los sectores más conservadores de la APA frente a estas transformaciones, ejemplificada en la reacción frente a la solidaridad de algunos miembros con la huelga por la represión policial en Córdoba en 1969 y en la negativa a publicar un artículo de Marie Langer en la revista institucional, condujo a la renuncia masiva de los psicoanalistas a la institución y consecuentemente a la desafiliación de todos ellos de la API.

Si bien los dos agrupamientos que nuclearon a los psicoanalistas disidentes, el grupo Plataforma y el grupo Documento, compartían la mayor parte de las posiciones críticas frente a la APA, cada uno de ellos enfatizaba determinados aspectos de la estructura institucional y de la teoría y la práctica psicoanalítica. En el texto con el cual se dieron a conocer públicamente, una declaración dirigida a los trabajadores de la salud mental publicada en el número 25 de *Los Libros*, los miembros del grupo Plataforma acusaban a la APA de haber propiciado una distorsión y una paralización del pensamiento psicoanalítico. Al adjudicar dicho proceso a la estratificación jerárquica de la institución, se destacaba fundamentalmente el vínculo establecido entre la estructura institucional y la ideología de la clase dominante. En este sentido, se advertía negativamente sobre el relegamiento de las acciones necesarias para la evolución teórica y técnica del psicoanálisis -profundización de los conceptos, intercambios con otras ciencias, apertura de los campos de aplicación, ensayo de formas novedosa de docencia- por la búsqueda de prestigio, status y beneficios económicos. En contraposición a la inscripción institucional de la disciplina, Plataforma se presentaba como un grupo de psicoanalistas que buscaban poner el conocimiento al servicio de las ideologías políticas cuestionadoras del sistema. Al enfatizar la necesidad de que el

psicoanálisis retomara la senda de la innovación y el desarrollo a través de la contribución de otras ciencias y de una explícita inscripción social, los miembros del grupo se presentaban como científicos comprometidos con los sectores combativos de la población que luchaban por la liberación nacional y el advenimiento de la patria socialista².

Por su parte, los integrantes del grupo Documento intentaban evidenciar los vínculos entre la estructura institucional de la APA y la instrumentación ideológica del psicoanálisis al servicio de las clases dominantes. La concentración del poder político de la institución por parte de una minoría era analizada en términos de la creación de condiciones que dificultaban el cuestionamiento de los supuestos básicos de la teoría y la práctica psicoanalítica. De acuerdo a la historización realizada por el grupo, a los psicoanalistas argentinos les había resultado menos riesgoso refrendar las líneas teóricas ya establecidas que exponerse a las consecuencias de la marginación dentro de la institución. En pos de lograr el ascenso en la pirámide burocrática de la APA, el trabajo científico realizado en el seno de la institución no hacía más que acatar y legitimar el empobrecimiento teórico de la tradición psicoanalítica: deformación epistemológica, desvinculación del resto de las disciplinas científicas, bloqueo de la elaboración de nuevos instrumentos terapéuticos. En contra de esta paralización de la disciplina, Documento rechazaba la neutralidad de la práctica científica y postulaba la necesidad de que la disciplina se insertara en la realidad de los países dependientes y que pusiera sus herramientas al servicio de la impugnación del orden existente.³

Los discursos teóricos sedimentados durante el proceso de escisión de la APA y consolidación de los grupos Plataforma y Documento dan cuenta de la convivencia entre los psicoanalistas argentinos entre una conceptualización de las relaciones entre marxismo y psicoanálisis sustentada en las premisas del freudomarxismo y otra configurada a partir de las formulaciones althusserianas. Los textos en los cuales los miembros de los sectores disidentes ampliaron y profundizaron los supuestos establecidos en sus declaraciones constitutivas, nos permiten advertir que la forma preponderante a través de la cual se precisaban los vínculos entre marxismo y psicoanálisis correspondía más bien a la primera de las conceptualizaciones mencionadas. Dicha primacía es claramente perceptible en las compilaciones tituladas *Cuestionamos*, publicadas en 1971 y 1973, las cuales reproducían una serie de documentos en los que los miembros de

2 “Declaración del Grupo Plataforma”. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 25, Marzo 1972, pp. 5-6.

3 “Declaración del Grupo Documento”. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 25, Marzo 1972, pp. 6-7.

Plataforma y Documento sometían a discusión los elementos fundamentales de la teoría y la práctica psicoanalítica.

En el primero de ellos, un epígrafe en negritas de Marie Langer, compiladora del volumen, establecía los parámetros a través de los cuales debían comprenderse las relaciones entre marxismo y psicoanálisis: “Freud y Marx han descubierto por igual, detrás de una realidad aparente, las fuerzas verdaderas que nos gobiernan: Freud, el inconsciente; Marx, la lucha de clases”⁴. Debe mencionarse que en el prólogo a la compilación, Langer deslizaba una serie de afirmaciones que permiten inferir cierta presencia de variables de lectura althusserianas: la importancia del filósofo althusseriano Raúl Sciarretta en el aprendizaje de la lectura de Freud y Marx⁵, la necesidad de priorizar el *Freud científico* frente al *Freud ideológico*⁶. Sin embargo, la caracterización de las limitaciones actuales del psicoanálisis realizada por Langer nos permite advertir que el sentido que se pretendía otorgar a la vinculación entre marxismo y psicoanálisis divergía del propuesto por el althusserianismo. En sus propios términos, el psicoanálisis institucionalizado había ocultado la influencia que ejerce la estructura de la sociedad capitalista en la causación de la neurosis del paciente y en la conformación de criterios de curación en el psicoanalista. Asimismo, la diferenciación entre lo científico y lo ideológico en Freud era cifrada en términos de una oposición entre la advertencia sobre el modo en cual la ideología de la clase dominante se transmite entre generaciones volviendo *lerdo* al hombre en su capacidad de cambio y la perspectiva que toma a la sociedad como dada y al hombre como inmodificable. En consecuencia, el trabajo teórico que se asignaba para los psicoanalistas apartados de la APA era el del replanteo y enriquecimiento del psicoanálisis a través de la incorporación de investigaciones realizadas desde una perspectiva marxista y el de la indagación en las “analogías y puntos de contacto importantísimos”⁷ existentes entre ambas tradiciones.

Por otra parte, el desarrollo de una corriente cuestionadora en el seno del psicoanálisis argentino era remitido explícitamente al surgimiento y la expansión de luchas políticas de liberación en los países latinoamericanos. De acuerdo a la historización de Langer, el cuestionamiento a la

4 Langer, Marie. “Prólogo”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires, Granica, 1971, p. 11.

5 “Raúl Sciarretta, el gran amigo, cuya ‘lectura’ de Freud y de Marx nos ha enseñado mucho”, *Ibid.*, p. 14. El entrecomillado en la palabra que designa la acción de leer obedece, sin dudas, al cuestionamiento de Althusser a las formas tradicionales de lectura.

6 “No cuestionamos al Freud científico [...] pero cuestionamos al Freud ideológico”, *Ibid.*, p. 14-15.

7 *Ibid.*, p. 14.

institucionalización del psicoanálisis, al pacto con las clases dominantes, a la práctica elitista y adaptacionista, al aislamiento de las instituciones psicoanalíticas y al verticalismo de la organización institucional, debía ser captado como una consecuencia directa de acontecimientos concretos de la coyuntura política latinoamericana. En el caso de los psicoanalistas argentinos, el acontecimiento en cuestión era el Cordobazo. En el caso de los psicoanalistas uruguayos, algunos de los cuales participaban en *Cuestionamos*, había sido el asesinato del estudiante Líber Arce. Si hasta acá puede afirmarse que Langer circunscribía las transformaciones operadas en la teoría y la práctica psicoanalítica al contexto de politización desarrollado en América Latina, resulta relevante destacar el modo a través del cual la experiencia cuestionadora del psicoanálisis argentino se filiaba en la experiencia del freudomarxismo. Al repasar el momento del despertar de los psicoanalistas argentinos, Langer afirmaba: “Leyendo a Wilhelm Reich descubrí la similitud de los hechos que llevan a los psicoanalistas a asumirse políticamente”⁸. De esta manera se establecía una continuidad entre el relato de Reich en el cual una huelga ocurrida en Viena era invocada como el elemento propiciatorio de una instrumentación del saber psicoanalítico al servicio de las luchas de liberación, y el proceso argentino y latinoamericano del cual *Cuestionamos* era uno de sus efectos. Por último, y para advertir el tenor de la aproximación a los referentes teóricos del trabajo de articulación entre marxismo y psicoanálisis, Langer aseguraba que Reich no era el único psicoanalista que había tomado “una posición ideológica definida y de izquierda” pero que sí era “el más absoluto y concreto”. No era el único, porque también existían otros referentes del mencionado trabajo de articulación, como Otto Fenichel, Fritz Sternberg y Siegfried Bernfeld. Sin embargo éstos -se encargaba de aclarar Langer- a diferencia de Reich, se habían limitado al trabajo teórico⁹.

La mayor parte de las intervenciones de *Cuestionamos* se inscribían dentro de los parámetros establecidos por Langer. Por ejemplo, el grupo de psicoanalistas uruguayos argumentaba que la sociedad constituye el objeto común del paciente y el analista, y que el devenir histórico-social del país influye sobre ambos sujetos condicionando sus perspectivas de vida. En esta misma dirección, aseguraban que la vinculación del psicoanálisis con la realidad social conllevaba una ampliación espacial del cam-

8 *Ibid.*, p. 15.

9 Cabe destacar que los dos volúmenes de *Cuestionamos* fueron editados en la colección “Izquierda freudiana” que Langer dirigía para la editorial Granica, y que en dicha colección habían sido editados, además de estas compilaciones, los volúmenes *La izquierda freudiana* de Paul Robinson y *Marxismo, psicoanálisis y sexpol* con textos de Erich Fromm, Otto Fenichel y Herbert Marcuse.

po analítico, movimiento que era caracterizado en términos de asunción de una responsabilidad social *más allá de las paredes* del consultorio y al cual se le adjudicaba la posibilidad de que se trataran episodios de la vida nacional en la propia sesión¹⁰. Gilberta Royer de García Reinoso, por su parte, resignificaba la libertad profesional del psicoanalista en términos de aislamiento frente a las perturbaciones sociales. A la representación del terapeuta como espectador de la realidad se le oponía la necesidad de que el psicoanálisis asumiera el problema de la responsabilidad y reflexionara acerca de los alcances de la acción y la inacción de la práctica profesional. En este marco, el problema de la realidad en el psicoanálisis era abordado a través de una articulación entre Marx y Marcuse que redundaba en la centralidad de los procesos de deshumanización¹¹.

De manera simultánea con el modo predominante de lectura del proceso de crisis institucional y con la impronta que Langer pretendía otorgarle al conjunto de los textos compilados, otras intervenciones reproducidas en *Cuestionamos* daban cuenta de un abordaje de los problemas de la teoría y la práctica psicoanalítica orientado por formulaciones althusserianas. Este era el caso, por ejemplo, del psicoanalista uruguayo Juan Carlos Pla, quien se apoyaba en el “Freud y Lacan” a los fines de ajustar una definición del objeto del psicoanálisis, una caracterización de la práctica específica de la disciplina y una delimitación de las tareas a realizar por parte de los psicoanalistas. Al igual que el resto de las descripciones del estado actual del psicoanálisis, Pla subrayaba el estancamiento teórico y la disociación entre el terapeuta y los conflictos sociales. Esbozaba, sin embargo, un programa de resolución de la crisis en el que el planteo acerca del carácter científico del psicoanálisis desempeñaba un rol preponderante: “De pleno acuerdo con Althusser: la vigencia irreductible del psicoanálisis se la da, como a toda ciencia, su objeto propio, en su caso, el inconsciente; posee una teoría y una técnica (método) que permiten el conocimiento y la transformación de su objeto en una práctica científica”¹².

El lugar del inconsciente como objeto del psicoanálisis ponía en primer plano la existencia de las estructuras de desconocimiento al

10 Achard de Demaría, Laura; Pereda Valdés, Alberto; Casas de Pereda, Mirta; Pla, J. Carlos; Viñar, Marcelo; Ulrikse de Viñar, Maren. “Crisis social y situación analítica”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. op. cit., pp. 43-52.

11 Royer de García Reinoso, Gilberta. “¿Violencia y agresión o bien violencia y represión?”. *Ibid.*, pp. 53-88.

12 Pla, Juan C. “Sobre el inconsciente, la contratransferencia y otros temas también espinosos. Algunos problemas actuales del papel del analista”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. op. cit., p. 187.

mismo tiempo que jerarquizaba el trabajo científico dedicado a su desentrañamiento. Quedaban anudados, de este modo, el problema del objeto del psicoanálisis y el de la cientificidad de la disciplina: “Es muy enriquecedor el enfoque lacaniano del inconsciente estructurado como lenguaje. Según Althusser, le da al psicoanálisis su fundamento teórico como ciencia”¹³. En esta misma dirección, la tarea de regreso a Freud conllevaba la advertencia acerca de las implicaciones ideológicas de un diálogo con el padre del psicoanálisis mediado por la figura del *genio*. En un sentido contrario a los resultados que derivarían de una aproximación científica a Freud, el acercamiento a su obra a través del mito del genio obturaría la formulación de nuevas preguntas y la instrumentación de operaciones innovadoras sobre un pensamiento, como el freudiano, caracterizado precisamente por la ruptura y la renovación.

Althusser sin Lacan: la singularidad de una lectura

Eran, sin embargo, dos intervenciones del integrante de Plataforma Gregorio Baremlitt las que incorporaban de manera sistemática las formulaciones althusserianas y las que discutían explícitamente los problemas de su difusión en el proceso de descomposición de la APA y consolidación de corrientes psicoanalíticas disidentes. Una de ellas, el texto “El estudio de la obra de Freud”, firmado junto a Miguel Matrajt, era una versión actualizada de un artículo escrito originalmente en 1969. Como indicaba su título, aquel texto constituía una indagación acerca de la especificidad de la lectura de la obra de Freud. Y como se desprende del contexto de su escritura y publicación, un texto que sometiera a discusión los modos de leer a Freud hacia fines de la década de 1960 no podía sino remitir a la actualización del problema propiciada por Althusser y Lacan. Efectivamente, Baremlitt y Matrajt llevaban a cabo un análisis que refrendaba la lectura cientifizadora de la obra de Freud. Frente a un repertorio de interpretaciones que iba desde el conductismo hasta la fenomenología, pasando por el existencialismo y el culturalismo, aquellos legitimaban una lectura que tendía a identificar el proceso de producción del conocimiento científico en Freud. Al respecto, describían de este modo la tarea de estudio de su obra:

un devanar la colosal urdimbre de ese todo, que partiendo de la observación de los hechos, datos, nociones y conceptos tomados de los más heterogéneos campos del comportamiento, ciencias e ideologías, la clínica psiquiátrica y psicoterapéutica, los errores cotidianos, el sueño, el juego, el chiste, el arte, el mito, las pautas de las comunidades primitivas, la historia, la física, la química,

13 *Ibid.*, p. 189-190.

*la neurofisiología, la zoología, etc., instaura su objeto formal abstracto de conocimiento y sus operaciones de complejidad y explicatividad crecientes*¹⁴

Ahora bien, las disquisiciones que Baremblyt y Matrajt realizaban acerca del problema del estudio de Freud nos permiten ver que, al mismo tiempo que interiorizaban determinadas dimensiones de la propuesta althusseriana, se mostraban reacios frente a algunos de sus potenciales efectos. Esta ambivalencia se presentaba de manera evidente al momento de determinar el posicionamiento frente a las lecturas de Freud que no priorizaban la variable cientificadora. Es decir, de qué manera se procedía, una vez establecida una lectura correcta de Freud, con otros esfuerzos interpretativos que no compartían necesariamente los criterios de aquella. Tal como mencionamos anteriormente, aquel abanico de interpretaciones delimitado por los autores iba desde Melanie Klein hasta Maurice Merleau-Ponty pasando por Fromm y Georges Politzer. Al respecto, Baremblyt y Matrajt operaban una intervención en la tradición teórica del psicoanálisis que conllevaba un distanciamiento del gesto althusseriano: aquellas lecturas debían seguir siendo estudiadas detenidamente y comparadas constantemente con la obra de Freud aún habiéndose advertido la obsolescencia de sus premisas y “aunque algunos autores como Althusser parezcan tener definitivamente aclarado cuáles de estas combinaciones son progresos y cuáles amputaciones”¹⁵.

La forma en la cual Baremblyt y Matrajt describían la irrupción de Althusser en los debates teóricos del psicoanálisis contemporáneo nos permite advertir que los reparos que se le planteaban a algunos efectos de la lectura althusseriana estaban originados, en parte, en un posicionamiento reactivo frente a la figura de Lacan y a la difusión del psicoanálisis lacaniano entre los intelectuales argentinos. A través de una mención que no podía remitir sino a Oscar Masotta y a los círculos de psicoanalistas que alrededor de él se iban congregando, Baremblyt y Matrajt advertían que en el medio psicoanalítico argentino se estaba comenzando a desarrollar una corriente que estudiaba la obra de Freud mediante los aportes de la epistemología de Gaston Bachelard, la lingüística moderna, las ideas de Lacan, el estructuralismo y el marxismo althusseriano¹⁶. En un sentido descriptivo, destacaban que la singularidad de dicha lectura radicaba en

14 Baremblyt, Gregorio y Matrajt, Miguel. “El estudio de la obra de Freud”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. op. cit., p. 124.

15 *Ibid.*, p. 123.

16 Sobre Masotta y los itinerarios del althussero-lacanismo en Argentina, remitimos a nuestro artículo “La mediación althusseriana: Oscar Masotta entre la fenomenología y el estructuralismo”. *Cuadernos LIRICO*. N° 15, 2016.

la lectura sintomal, caracterizada como la búsqueda de anomalías en el discurso científico del psicoanálisis para dilucidar el valor y las falencias de la teoría, y en el recorte de las formas maduras de la obra de Freud, captado como la delimitación de la científicidad del psicoanálisis a partir de la constitución de su objeto formal abstracto. Junto a la jerarquización de estos aspectos, que eran precisamente los que ellos incorporaban en su propia lectura de Freud, Baremblyt y Matrajt destacaban la potencialidad de la corriente descripta, la cual era adjudicada a “su rigor, su enfoque interdisciplinario y su raigambre marxista”¹⁷. La valoración de estas dimensiones, sin embargo, daba lugar inmediatamente a la advertencia sobre una serie de propiedades de esta corriente a las que se calificaba de *inquietantes*. Por un lado, la estricta separación entre una dimensión científica y una ideológica en la obra de Freud, la cual conllevaría la circunscripción de la lectura a algunos de sus textos y el abandono definitivo de otros. Por otro lado, el carácter esotérico de los escritos de Lacan y la necesaria erudición para su lectura, los cuales facilitarían el advenimiento de una nueva asociación aristocrática detentadora de prestigio, status y bienestar económico.

Resulta de gran interés destacar que Baremblyt y Matrajt no sólo operaban una separación entre Althusser y Lacan, sino que aquella disociación incluía una recurrencia a postulados althusserianos a los fines de delimitar críticamente la especificidad del psicoanálisis lacaniano. En primer lugar, la tesis althusseriana de que no hay lecturas *inocentes* y que todas las lecturas son *culpables* permitía una interpretación de la lectura de Lacan como una lectura situada. En este sentido, la *culpabilidad* de esa lectura la tornaba tan posible como legítima:

*Como muy bien lo han enfatizado Althusser y sus colaboradores, todas las lecturas son posibles y todas son culpables, incluso la de Althusser. Respetamos mucho (entre otras razones, porque no lo entendemos bien) el criterio de Lacan de ruptura con el lenguaje convencional y la recreación de palabras plenas y nuevas para nuevas realidades pero [...] cierto uso indebido nos preocupa*¹⁸

Como se desprende del pasaje citado, la legitimidad de esa lectura no implicaba la aceptación de los parámetros a través de los cuales se pretendía volver a Freud. En sintonía con los reparos al lacanismo mencionados anteriormente, Baremblyt y Matrajt llamaban la atención sobre la propagación de una posición a la que denominaban *cientificismo talmudista* y a la que responsabilizaban por la difusión de aproximacio-

17 Baremblyt, Gregorio y Matrajt, Miguel. “El estudio de la obra de Freud”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. op. cit., p. 140.

18 *Ibid.*, p. 139.

nes científicas y memorísticas de Freud. A diferencia de las posiciones que tendían a agrupar a Althusser y Lacan contra la institucionalización del psicoanálisis, en este caso la oposición al cientificismo redundaba en una ruptura de aquel agrupamiento teórico. En este sentido, el afán científizador del althusserianismo era disociado del cientificismo de la corriente lacaniana en un movimiento que conllevaba tanto una jerarquización de Althusser como una analogía entre lacanismo y psicoanálisis institucional. Es decir, que mientras el althusserianismo aparecía como un pensamiento que posibilitaba la conexión entre el trabajo teórico y la práctica política, el lacanismo era percibido como una corriente que ponía la producción de conocimientos al servicio de la constitución de una nueva corporación de psicoanalistas:

*si a lo que se aspira es a formar investigadores en psicoanálisis (esa es nuestra aspiración y la exigencia de muchos), si lo que se desea es preparar intelectuales ‘productores de conocimientos’, como dice Althusser, que tengan su vida comprometida en la cultura y que integren el saber de su campo con todos los otros en el activo y urgente propósito de transformar el mundo, no es así como debe obligárseles a insumir muchos años del período más fértil y potencialmente práctico de su vida*¹⁹

En esta dirección, Baremlitt y Matrajt aseguraban que la única manera de evitar una inscripción institucional del psicoanálisis disidente era la conformación de un núcleo marxista de formación psicoanalítica. Como evidencia de dicha necesidad se invocaba la capacidad de la institución psicoanalítica de incorporar los discursos teóricos impugnadores de su poder y su estructura. Era tal la importancia que estos psicoanalistas le otorgaban a los usos liberales del pensamiento marxista que, en ocasión de la publicación del texto en *Cuestionamos*, creyeron necesario adjuntar un Post-Scriptum en el que se denunciara la neutralización institucional de la conjunción entre psicoanálisis y marxismo. Allí se lamentaba que la “interesante distinción althusseriana entre práctica científica, práctica política e ideología”²⁰ hubiese sido apropiada por los sectores tradicionales de la institución psicoanalítica con el previsible resultado de su esterilización política. Cabe destacar, al respecto, que esta denuncia no implicaba una corrección de las posiciones asentadas en el texto de 1969, sino que perseguía el objetivo de diferenciarse de un uso de la valiosa distinción entre práctica científica y práctica política que tendía a procesarla en un sentido contrario al althusseriano. Es decir, postergando la segunda en beneficio de la primera y reduciendo la especificidad del trabajo

¹⁹ *Ibid.*, p. 133.

²⁰ *Ibid.*, p. 138.

teórico a la lógica mercantil de la enseñanza de la institución psicoanalítica ²¹.

El despeje de los problemas relativos a la relación entre Althusser y Lacan y la neutralización de la potencia política del althusserianismo habilitaba una operativización plena de los parámetros althusserianos en la impugnación de las formas institucionales de la teoría y la práctica psicoanalítica. Por este camino se desenvolvían los argumentos de otro artículo de Baremlitt reproducido en *Cuestionamos*, “Psicología, ideología y política”, un texto dedicado exclusivamente a refutar el documento “Corrientes actuales en el pensamiento psicoanalítico” de Madelaine y Willy Baranger, Alberto Campo y Jorge Mom, en el cual se reflejaban las posiciones dominantes en la APA al momento de su ruptura²². En esta intervención, el documento oficial de la APA era utilizado como un material que permitía delimitar cuáles eran aquellos problemas teóricos y prácticos del medio psicoanalítico local que requerían un abordaje urgente. El primero sobre el cual se detenía el análisis de Baremlitt era el mismo que aparecía problematizado en el texto firmado junto a Matrajt: el del estudio de la obra de Freud. La centralidad otorgada a este problema se derivaba, a decir de Baremlitt, del hecho de que el modo a través del cual se lee a Freud constituye el elemento estructural sobre el cual se configura la concepción acerca de la relación entre el psicoanálisis y el contexto social en el cual éste se practica. En términos generales, la lectura del documento oficial tendía a evidenciar la existencia de presupuestos teóricos implícitos en planteos supuestamente neutrales acerca de la lectura de Freud. A un planteo nada problemático a simple vista como aquel que daba cuenta de la existencia de diferentes lecturas de Freud y del desarrollo de líneas divergentes en el pensamiento freudiano, se le oponía la afirmación categórica de que “ese modo de ver, es ya una toma de posición teórica con implicancias ideológicas por parte de los autores”²³.

El sentido de dicha advertencia se prolongaba en el examen de los criterios valorativos que intervenían en las operaciones de jerarquización en el conjunto de lecturas de Freud. En primer lugar, Baremlitt

21 Baremlitt y Matrajt se referían a un efecto “tragicómico” de los usos de Althusser entre los círculos psicoanalíticos tradicionales, en tanto los alumnos aceptaban “más ciegamente” el hecho de tener que pagar por su aprendizaje debido al contenido revolucionario de las teorías que se les enseñaba, *Id.*

22 Baremlitt aclaraba que si bien el artículo llevaba únicamente su firma, originariamente había sido firmado junto a Eduardo Pavlovsky y avalado por el Grupo Plataforma.

23 Baremlitt, Gregorio. “Psicoanálisis, ideología y política”. *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. op. cit., p. 149.

delimitaba cuáles eran los criterios que determinaban la legitimación de algunas interpretaciones de Freud y la desaprobación de otras. El descarte de algunas de ellas -las de Carl Jung, Alfred Adler y Wilhelm Stekel por ejemplo- por el lapso transcurrido entre estas interpretaciones y las formas más novedosas de aproximación al corpus freudiano, así como la ponderación de otras -Klein principalmente- por los desarrollos ulteriores que aquellas lecturas posibilitaron, conllevaban la advertencia de que los criterios que imperaban en las valoraciones propiciadas por el psicoanálisis institucional eran los del *tiempo* y la *apertura*. La siguiente operación de lectura realizada por Baremblyt consistía en el desenmascaramiento de la naturaleza de dichos criterios. Aparentemente inocuos, estos criterios se revelaban como dispositivos que permitían evitar la confrontación con tendencias más productivas que aquellas que desempeñaban el rol dominante y promover de manera encubierta la legitimación de la lectura de Freud defendida por la institución. Una rearticulación de todos los elementos implicados en el problema de la interpretación de Freud, el encubrimiento de los criterios valorativos y el establecimiento de parámetros interpretativos arbitrarios eran invocados por Baremblyt como indicadores de la ausencia de un trabajo teórico acerca de la lectura:

*lo que objetamos no es tener una preferencia teórico-técnica y propugnarla abiertamente fundamentando por qué es la mejor, sino la velada promoción institucional de una línea en base a criterios discrecionales, dando a entender que son los únicos, a falta de 'absolutos'. Lo que en rigor falta es una teoría de la lectura que determine los parámetros de productividad de la misma y permita entonces fundarla en un criterio de ruptura, ubicando históricamente cuál es 'buena'*²⁴

A través de la lectura del documento de la APA, Baremblyt también abordaba el problema de la relación entre ciencia, política e ideología. Al respecto, se detenía específicamente en las precauciones esbozadas por la institución acerca del vínculo entre epistemología y psicoanálisis -riesgo de intromisión de la primera en el segundo- y del establecimiento de un corpus conceptual básico para el psicoanálisis -peligro de clausura teórica sobre la disciplina. Frente a ellas, se esforzaba por evidenciar el carácter progresivo que tendría para el medio psicoanalítico local la introducción de los desarrollos contemporáneos de la epistemología. De este modo, el replanteo de problemas tales como la relación entre las ciencias, la constitución de la especificidad de cada una de ellas, el proceso de aplicación de sus términos teóricos, y -fundamentalmente- la articulación entre práctica científica, práctica ideológica y práctica política, era presentado como un trabajo que le permitiría a los psicoanalistas argen-

²⁴ *Ibid.*, p. 153-154.

tinios el esclarecimiento de una serie de confusiones acerca del ejercicio de la práctica psicoanalítica. Por un lado, que la ciencia se define por un método, una técnica y la instauración de su objeto formal abstracto de conocimiento -conceptualización que evidenciaría lo incorrecto de los planteos sobre el psicoanálisis como ciencia a partir de su enfoque o su objeto empírico. Por otro lado, que la ciencia refiere a una práctica técnica específica transformadora del objeto real, la ideología al efecto de desconocimiento generado por el inconsciente y la lucha de clases, y la política a la lucha por la toma del poder por parte del proletariado -delimitación que demostraría el sesgo liberal de la amplitud conceptual en la definición de los problemas fundamentales del psicoanálisis.

El modo en el cual Baremlitt abordaba los planteos de la posición de la APA acerca de la relación entre práctica psicoanalítica y realidad social nos permite inferir la singularidad de su concepción sobre el vínculo entre marxismo y psicoanálisis. Con el mismo afán de rigurosidad que caracterizaba su delimitación entre la ciencia, la ideología y la política, el postulado sobre la necesidad de que el psicoanálisis se comprometiera con las luchas sociales era denunciado como abstracto y ambiguo. Es decir, las afirmaciones relativas al compromiso del psicoanálisis no daban cuenta de las contradicciones sobre las que se pretendía intervenir, las formas concretas a través de las cuales se lucharía y los objetivos que guiarían dicha intervención. Por lo tanto, aseguraba Baremlitt, estas posiciones expresaban una visión empírica de la realidad social y una concepción de la lucha de clases como “dimensión mítica, universal y casi intemporal”²⁵. De seguir estos parámetros, la práctica psicoanalítica nunca podría operar una ruptura en la condición del paciente ni contribuir a la producción de una conciencia revolucionaria, en tanto se estaría intentando combatir un mito con otro mito. Según Baremlitt, aquella circularidad sólo podía ser quebrada a través de una intervención psicoanalítica que descansara sobre “una concepción científica”²⁶ de la realidad social que diera cuenta de la estructura clasista de la sociedad y del rol determinante en última instancia de la economía en la causación de los conflictos patológicos.

Entre el lacanismo y el freudomarxismo: el Althusser de Gregorio Baremlitt

El repertorio de problemas relativos al lugar del althusserianismo en la discusión sobre los vínculos entre marxismo y psicoanálisis fueron retomados por Baremlitt en 1974 en un extenso y denso artículo

²⁵ *Ibid.*, p. 164.

²⁶ *Id.*

publicado en un volumen sobre el concepto de realidad en psicoanálisis²⁷. Punto de llegada del itinerario teórico desarrollado en los marcos de los grupos escindidos de la APA y plataforma de despegue hacia otras estaciones del pensamiento psicoanalítico, aquella intervención retomaba las discusiones desarrolladas en los textos publicados en *Cuestionamos* con el afán de delimitar de la manera más acabada posible los problemas fundamentales de la teoría y la práctica psicoanalítica. En la misma dirección que las justificaciones esbozadas a lo largo del proceso de ruptura de la institución psicoanalítica, la necesidad de desarrollar una intervención crítica en la disciplina era remitida a la obligación de encontrar en el seno de la práctica profesional los efectos de la determinación del modo de producción capitalista, la ideología burguesa y la acción política de la clase dominante. Dicha tarea, sin embargo, era retomada en los marcos de un esfuerzo por delimitar la ubicación del psicoanálisis en una teoría general de las prácticas y teorizar las aplicaciones que operaban como prácticas técnicas en el seno de las instituciones de los AIE y las organizaciones revolucionarias. La atención simultánea prestada a las instancias reproductivas y a los movimientos disruptivos es indicativa de que la necesidad de un trabajo teórico sobre la inserción del psicoanálisis remitía a los procesos de incorporación de nuevas corrientes psicoanalíticas tanto en la corporación profesional como en agrupamientos que se pretendían revolucionarios.

La definición de los conceptos básicos de la intervención evidenciaba de manera palmaria la raigambre althusseriana del instrumental teórico a través del cual se intentaba llevar a cabo aquel trabajo de delimitación y control. En un sentido análogo al reconocimiento que le propiciaba Langer en el prólogo al primer volumen de *Cuestionamos*, Baremlitt remitía a la enseñanza de Sciarreta muchas de las precisiones conceptuales esbozadas en su escrito²⁸. Sin embargo, al contrario de lo que ocurriría con aquella, en el caso de Baremlitt las enseñanzas del maestro se prolongaban efectivamente en el terreno de las definiciones conceptuales. De este modo, se definía a lo real como “la designación indeterminada compuesta de saber, desconocimiento y reconocimiento

27 Baremlitt, Gregorio. “Consideraciones en torno al problema de la realidad en psicoanálisis y del psicoanálisis en la realidad”. Gregorio Baremlitt y otros. *El concepto de realidad en psicoanálisis*. Buenos Aires, Socioanálisis, 1974, pp. 13-86. Además del artículo de Baremlitt, aquel volumen traía textos de Sandor Ferenczy, Hans Loewald, Charlotte Bühler, Julián Wohl y Michel Tort.

28 “el autor reconoce su deuda con R. Sciarreta de cuyas enseñanzas se derivan las elementales puntualizaciones filosóficas que trata de desarrollar”. “Agradecimientos”. Gregorio Baremlitt y otros. *El concepto de realidad en psicoanálisis*. op. cit., p. 9.

que las ideologías dan a sus objetos empíricos”²⁹, a la ciencia como la práctica que accede “al conocimiento y transformación de los objetos de la realidad por la construcción y la instrumentación de sus propios y específicos objetos formales abstractos de conocimiento”³⁰, a las prácticas como “las actividades que operando sobre una materia prima específica, con instrumentos específicos, por medio de un trabajo, la transforman en un producto específico históricamente determinable”³¹ y a la práctica social como “el conjunto articulado y jerarquizado de la totalidad de las prácticas”³². En este mismo marco se procesaban las grandes definiciones sobre las disciplinas que eran objeto de articulación. Por un lado, *psicoanálisis* remitía, en el mismo sentido que sus escritos anteriores, a una práctica social científica compuesta por una Teoría, un objeto formal abstracto, un método, una técnica y una situación experimental propia. Por otra parte, *materialismo histórico* remitía a la ciencia del modo de producción que divide su dominio en instancias y regiones que engloban la totalidad de las prácticas sociales.

Si el esquema analítico a través del cual operaba Baremblyt en la definición de los conceptos fundamentales del psicoanálisis constituía una prolongación de las interpretaciones esbozadas en sus escritos anteriores, el abordaje realizado en este momento de la función de la intervención psicoanalítica y de la organización institucional de los psicoanalistas daba cuenta de un énfasis en el problema de la ideología y de la incorporación del concepto de AIE.

Con respecto al primero de los problemas abordados, el rol del psicoanalista era captado a través de un esquema tripartito. El psicoanalista interviene, en primer lugar, como productor de las transformaciones necesarias para la producción y reproducción de los sujetos en las relaciones sociales de producción. Es decir, como agente de los procesos de ideologización y dominación. Por otra parte, ellos mismos actúan como sujetos ideológicos de la ideología de la clase dominantes, en tanto es la clase a la cual la mayor parte de los psicoanalistas pertenecen. Finalmente, los psicoanalistas son protagonistas del proceso político, tanto en lo que hace a las implicaciones políticas de su práctica específica como a su participación en los canales tradicionales de la política institucional. Es decir, en los efectos políticos de la propia práctica psicoanalítica y en la asunción de sus actos políticos. Con respecto al problema de la insti-

29 Baremblyt, Gregorio. “Consideraciones en torno al problema de la realidad en psicoanálisis y del psicoanálisis en la realidad”, op. cit., p. 16.

30 *Id.*

31 *Ibid.*, p. 16-17.

32 *Ibid.*, p. 17.

tucionalización del psicoanálisis, las sociedades psicoanalíticas eran concebidas como dispositivos de transmisión, promoción y control de los elementos relativos al ejercicio teórico y práctico de la profesión. En este sentido Baremlitt las calificaba como “instituciones y organizaciones del aparato ideológico de estado a la vez que corporaciones empresariales de prestaciones de servicios”³³ entendiendo por ello “instrumentos y ámbitos por medio de los cuales, y en los cuales, se reproduce el sistema de explotación y división de clases o de división sectorial intra-clase”³⁴.

En un plano de mayor precisión, el carácter reproductivo del psicoanálisis institucional en tanto AIE era remitido a tres elementos inherentes al funcionamiento de las sociedades psicoanalíticas. En primer lugar, la lucha por el poder desarrollada en su seno. Al respecto, principios institucionales tales como la instauración de un rígido orden estamental, la selección política de los aspirantes, la regulación de las relaciones con la política estatal y el control sobre la conducta de sus miembros, eran concebidos como factores propiciatorios del mantenimiento del poder intrainstitucional y la evitación del conflicto con el Estado burgués y su aparato represivo. Por otro lado, los procesos de ideologización propios de la formación psicoanalítica. En este caso, las características que adquiría la enseñanza institucional, como la administración de una bibliografía parcial, los rituales de iniciación, las demoras en el ascenso, la autoridad como emblema y el recurso al deseo de la aceptación de los pares, eran explicadas a partir del objetivo de formar un ideal del Yo psicoanalítico en el cual se vincularan la ideología científica específica de la función psicoanalítica y una ideología funcional a la estructura institucional. Finalmente, el régimen económico de la institución. Con respecto a esta dimensión del funcionamiento de la sociedad psicoanalítica, la explotación de los candidatos por parte de los jefes, así como la explotación de un estamento extra-institucional por parte de los candidatos, se explicaba en términos de una práctica económica en un subsistema capitalista³⁵.

33 *Ibid.*, p. 19.

34 *Id.*

35 Una disquisición explícitamente política resaltaba por sobre un registro preponderantemente teórico. Baremlitt remitía al régimen económico de la institución el proceso de ampliación del campo analítico. De acuerdo a su explicación, el desarrollo de las técnicas psicoanalíticas “de grupo”, “de pareja”, “de familia”, “comunitaria”, etc., obedecía al aumento de la tasa de ganancia en la exacción de los estamentos más bajos de la pirámide institucional. Eran los integrantes de aquellos estamentos los que, frente a la explotación a los que los sometían los miembros jerárquicos, expandían hacia nuevos terrenos el ejercicio de su práctica psicoanalítica. Si bien reconocía que el marxismo había denunciado justamente estas derivaciones, enfatizando su escasa cientificidad y su servicialidad polí-

La consolidación de la mediación althusseriana en la delimitación de los problemas fundamentales de la teoría y la práctica psicoanalítica redundó, asimismo, en una diferenciación explícita con la concepción de los vínculos entre marxismo y psicoanálisis delineada por el freudomarxismo. Si bien Barenblitt seguía insistiendo en la necesidad de estudiar cuidadosamente todas las lecturas de Freud y de evitar convertir a una de ellas en la única opción teórica, llevaba a cabo una aproximación sistemática al freudomarxismo cuyo objetivo fundamental era el establecimiento de los errores en su conceptualización del modo a través del cual el psicoanálisis debía articularse con el marxismo. De acuerdo con esta lectura, la equivocación fundamental de todos los autores inscriptos en la tradición freudomarxista era la de “mezclar o emparejar analógicamente”³⁶ el discurso del marxismo y el del psicoanálisis. Era precisamente esta subsunción entre ambas tradiciones teóricas la que generaba prácticas técnicas terapéuticas en las que se superponían objetivos y acciones propios de la práctica política, así como acciones ideológicas y políticas en las que se usaban empíricamente principios sexuales supuestamente promovidos por el psicoanálisis. De este modo, la ausencia de una caracterización de la ciencia, la ideología, las aplicaciones y la doctrina en el marxismo y el psicoanálisis era señalada como el factor propiciatorio de la reinscripción del vínculo entre ambas tradiciones en el marco de ideologías conciliadoras, utópicas, liberales o directamente reaccionarias. En este sentido se explayaba Barenblitt en un párrafo que merece ser citado *in extenso*:

*Algunas de tales doctrinas imaginan la liberación psíquica y social como el retorno a un estado previo supuestamente tenido y perdido definido por una condición del ser (humano) o de la naturaleza (humana) especulativa y metafísicamente concebido. Su objetivo ideológico es románticamente libertario ('el vive como quieras'), el económico una superabundancia a lo ciencia-ficción o una reedición del modo de producción primitivo, el político un igualitarismo anarquista o un elitismo 'socrático'. Su metodología psicoterapéutica es un adoctrinamiento en el sentido ideológico antes apuntado presentado interpretativamente, y su práctica política: o bien un movimiento anticostumbrista previsto, tolerado e incorporado por el sistema, o bien una revuelta sexopolítica donde no se discrimina con precisión cuánto y qué puede esperarse de esa lucha y de qué orden jerárquico determinante, autonomía de definición teórica, de tratamiento científico y de procesamiento histórico tienen los objetivos de una revolución socialista*³⁷.

tica e ideológica, Barenblitt afirmaba que el hecho de que algunas de las nuevas técnicas formaran parte del repertorio de la intervención estatal obligaba a una mayor precisión conceptual en su impugnación.

³⁶ *Ibid.*, p. 42.

³⁷ *Id.*

Si bien estos parámetros interpretativos dan cuenta de un uso productivo de Althusser en la impugnación de las corrientes freudomarxistas, Baremblytt se esforzaba por volver explícito el tenor de aquella productividad: “debemos a la corriente althusseriana la posibilidad teórica y aún el comienzo efectivo de la crítica y superación de las numerosas modalidades de freudo-marxismo”³⁸. En términos retrospectivos, el proceso de apertura de un espacio teórico desde el cual había sido posible convertir al freudomarxismo en objeto de crítica y superación era remitido a la potencia de un esquema analítico estructurado en base a los conceptos de ruptura epistemológica, ideología, ciencia y realidad objetiva. El planteo del problema del vínculo entre marxismo y psicoanálisis a partir de elementos tales como el acto teórico constitutivo de una ciencia, el sistema de reconocimiento-desconocimiento de una estructura real, la práctica productora de conocimientos y el orden sobre el que todas las prácticas operan, se revelaba como fundamental en la advertencia sobre las operaciones de vinculación entre ambas tradiciones en un sentido de *mezcla, superposición, reducción o correlación*. En un terreno ya más propositivo, la productividad del althusserianismo era remitida a la posibilidad de concebir la relación entre marxismo y psicoanálisis en clave de una “articulación entre dos ciencias”³⁹: el psicoanálisis como ciencia de la estructura psíquica y el materialismo histórico como ciencia de la estructura social. Si bien Baremblytt daba cuenta, a través de una lectura de Michel Tort⁴⁰, que esta articulación entre ciencias incluía relaciones de presuposición (figuración de los resultados de una ciencia en otra) y de aplicación (constitución entre el objeto teórico y el objeto soporte que corresponde a la producción de un nuevo objeto teórico en las nuevas disciplinas), este tipo de vinculación era claramente disociada de expresiones como el psicoanálisis aplicado, que tendía a correlacionar el objeto teórico de una ciencia (el inconsciente con objetos empírico-

38 *Ibid.*, p. 43.

39 *Id.*

40 Psicoanalista francés integrante del círculo althusseriano de la École Normale Supérieure. Conferencista en el curso sobre Lacan y los fundamentos del psicoanálisis organizado por Althusser a comienzos de la década de 1960, publicó una serie de artículos sobre la relación entre marxismo y psicoanálisis en clave althusseriana. Uno de ellos, “La psychanalyse dans le matérialisme historique”, publicado en 1970 en la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, fue editado en Argentina en forma de libro por la editorial Noé en 1972. Es precisamente El psicoanálisis en el materialismo histórico el texto al que Baremblytt recurría a los fines de esbozar una conceptualización de la ubicación del *psicoanálisis en el materialismo histórico*. Como mencionamos anteriormente, el libro compilado por Baremblytt incluía otro texto de Tort, “El concepto freudiano de representante”, publicado originariamente en 1972 en el número 5 de *Cahiers pour l'Analyse*.

ideológicos como la *guerra* o la *miseria*) o mecanismos como la relación imaginaria de constitución ideológica, el cual cifraba la presuposición de una ciencia en otra en un sentido reduccionista (el inconsciente es un lenguaje). De esta manera, el trabajo sobre la articulación entre el marxismo y el psicoanálisis era circunscripto, por sobre todas las cosas, a la demarcación epistemológica de las ideologías pre-científicas de ambas tradiciones, a su ruptura, a la instauración de sus objetos específicos y a la inauguración de sus dominios.

Cabe destacar, finalmente, que el reconocimiento de la productividad althusseriana en la crítica del freudomarxismo no implicaba necesariamente una aceptación absoluta de los posicionamientos althusserianos. Si bien Baremlitt refrendaba aquella tarea de demarcación reconociéndole al althusserianismo la desmitificación de la conciliación freudomarxista y la superación definitiva del marxismo humanista, retomaba el tono cauteloso de sus escritos anteriores acerca de los usos y potenciales efectos de la corriente teórica inaugurada por Althusser. Lo novedoso de este balance radicaba, sin embargo, en que la evaluación del althusserianismo se realizaba ya sobre la trayectoria de una tradición político-intelectual y que las prevenciones acerca de su despliegue estaban configuradas a partir de nuevas referencias teóricas.

Así ocurría, por ejemplo, con la apoyatura en la obra de Robert Castel a los fines de calibrar la potencia de la articulación entre marxismo y psicoanálisis. Si bien el althusserianismo había logrado desplazar el problema de la conciliación entre marxismo y psicoanálisis, nada garantizaba que esta corriente fuera capaz de superar definitivamente las aporías del freudomarxismo. De esta manera aparecía, en primer lugar, el riesgo de plantear el problema del vínculo en términos exclusivamente epistemológicos. Siguiendo a Castel, Baremlitt aseguraba que si bien el problema de la cientificidad era importante, también debía atenderse al psicoanálisis como un conjunto teórico y práctico que ocupa un lugar en la estructura social. Cobran relevancia, en este sentido, problemas tales como las condiciones de emergencia del psicoanálisis, los principios de su funcionamiento, la lógica de su difusión y las funciones que asume en relación al conjunto de las otras prácticas. La prioridad otorgada al análisis de las instituciones de regulación y control social en las que los psicoanalistas ejercen su práctica redundaba en una resignificación de la crítica a la articulación entre althusserianismo y lacanismo. Si bien Baremlitt seguía insistiendo en la *incapacidad autocrítica* del althussero-lacanismo y su tendencia al *terrorismo epistemológico-racionalista*, priorizaba el problema de la disociación entre la cientificidad de la teoría y la eficacia

revolucionaria de la práctica. A través de un desplazamiento significativo, la garantía del carácter revolucionario de la práctica psicoanalítica era despegada del carácter científico de la teoría psicoanalítica y remitida a los problemas de la inscripción institucional del agente producto de la teoría: “es altamente frecuente en el país que althusserianos y antialthusserianos sean reaccionarios, considerando su militancia política personal, su forma de vida burguesa o los empleos efectivos de sus discursos científico-filosóficos”⁴¹.

Asimismo, la lectura de Castel hacía ingresar en las reflexiones de Baremblyt una referencia que será fundamental en su posterior itinerario psicoanalítico. Al destacar la importancia que Castel le otorgaba al estudio del lugar y las funciones de lo extraanalítico en lo analítico, y al valorar, en este sentido, una indagación sobre el modo en el cual el discurso psicoanalítico está infiltrado en sus niveles teóricos a partir de las condiciones socio-históricas de su surgimiento y desarrollo, Baremblyt refería que aquel se apoyaba especialmente en conceptos de Deleuze y Guattari ⁴². Si bien por entonces se mostraba cauteloso acerca de las implicaciones de las propuestas de Deleuze y Guattari, Baremblyt daba cuenta de que el *Anti-Edipo* establecía las bases de una nueva ciencia, el esquizoanálisis, el cual posibilitaría un análisis institucional absolutamente original. Pero fundamentalmente, esta primera inscripción en el espacio teórico abierto por Deleuze y Guattari habilitaba una superación conjunta del lacanismo y el althusserianismo. Superponiendo en su discurso una afirmación de Castel acerca del significativo aporte de Deleuze y Guattari, Baremblyt daba cuenta de la posibilidad de “transgredir esos ‘dos momentos de legitimidad cultural en que se han convertido el freudismo bajo su forma lacaniana y el marxismo bajo su forma althusseriana’”⁴³.

Un marxismo sin sujeto: el antialthusserianismo de León Rozitchner

Las implicaciones de la lectura de Althusser realizada por Baremblyt pueden ser calibradas a través de un conjunto de discusiones

41 Baremblyt, Gregorio. “Consideraciones en torno al problema de la realidad en psicoanálisis y del psicoanálisis en la realidad”, op. cit., p. 63.

42 Según aquellos que se han dedicado a rastrear la recepción de Deleuze en Argentina, esta mención de Baremblyt sería la primera referencia escrita a los autores de *El Anti-Edipo*, Benyo, Javier; Churba, Daniel; García Viale, Verónica y Ragoni, Pablo. “Deleuze en la Argentina”. *Revista Lote*. N° 82, Mayo de 2004.

43 Baremblyt, Gregorio. “Consideraciones en torno al problema de la realidad en psicoanálisis y del psicoanálisis en la realidad”, op. cit., p. 52.

desarrolladas en el medio psicoanalítico local a comienzos de la década de 1970. Por un lado, el trabajo de articulación entre marxismo y psicoanálisis llevado a cabo por León Rozitchner nos permite advertir de manera indirecta las tensiones a las que estaba sometida una apropiación de Althusser en los marcos del freudomarxismo. Rozitchner venía desarrollando desde mediados de la década de 1960 un trabajo centrado en el problema de la subjetividad en la cultura revolucionaria. Frente a una izquierda que tendía a pensar la acción política mediante una racionalidad en la cual no tenían lugar los problemas relativos al sujeto revolucionario, Rozitchner enfatizaba la necesidad de priorizar el análisis de los procesos de desintegración de lo humano inherentes al sistema capitalista. En tanto la desintegración del individuo propiciada por el capitalismo forma parte de la objetivación del sistema, la resolución de las contradicciones no podía ser pensada a través de la racionalidad burguesa resultante de aquel proceso disolutivo. Por ello, la racionalidad política necesaria debía ser aquella que priorizara el descubrimiento por parte del sujeto revolucionario de la contradicción instaurada por la burguesía en su seno. Según Rozitchner, la izquierda sólo podía llevar a cabo una política efectivamente revolucionaria si afrontaba el problema fundamental de la escisión entre sujeto y cultura propiciada por el capitalismo. Centrado en la problemática de la alienación, el trabajo de Rozitchner operaba un replanteo de la teoría y la política revolucionaria en el sentido de la postulación del individuo como mediador entre la racionalidad teórica y la realidad sensible⁴⁴.

A comienzos de la década de 1970, el tratamiento del problema de la subjetividad en la cultura revolucionaria se acopló en la obra de Rozitchner con una impugnación de Althusser y una advertencia en torno a su apropiación por parte de intelectuales de la izquierda argentina. Dicho movimiento es claramente perceptible en su libro *Freud y los límites del individualismo burgués* de 1972, en el cual Rozitchner leía *El malestar en la cultura y Psicología de las masas y análisis del yo* con el objetivo de comprender la distancia abierta por la burguesía en el sujeto revolucionario. Allí la adopción del althusserianismo entre los intelectuales argentinos era aprehendida como un ejercicio regresivo que reforzaba la tendencia de la izquierda argentina a pensar la política con una racionalidad sin sujeto. En este sentido, el trabajo sobre los escritos de Freud realizado por Rozitchner era disociado de toda *obra científica* y postulado como un escrito con *sujeto*. Es decir, un texto asumido en primera persona en el

44 Rozitchner, León. "La izquierda sin sujeto". *La rosa blindada*. Año 2, N° 9, Septiembre de 1966, pp. 30-43.

que los problemas abordados no son solamente problemas de los otros, sino también de aquel que escribe. A través de dicha presentación Rozitchner intentaba contrarrestar los efectos de unos modos de intervención intelectuales centrados en la *ciencia* y el *discurso*, los cuales implicaban la ubicación del objeto de análisis fuera de sí mismo y el acrecentamiento de la distancia con el otro. La difusión del paradigma estructural entre los intelectuales argentinos propiciaba tanto la insistencia en el problema de la subjetividad como un nuevo impulso a la lucha contra una izquierda sin sujeto: “Este retorno sobre el sujeto se hace ahora más necesario que nunca; estructuralismo mediante, terminamos por no hablar sino por ser hablados. Nos disolvemos en lo impersonal que se piensa en nosotros como lugar anónimo de la significación y, por lo tanto, sin responsabilidad”⁴⁵.

Si de lo anterior se desprende que su crítica aludía genéricamente al estructuralismo, las formulaciones concretas elegidas para la oposición con una correcta articulación entre marxismo y psicoanálisis eran precisamente aquellas proporcionadas por el althusserianismo. De este modo, Rozitchner advertía que la concepción de la intervención intelectual en términos de práctica teórica implicaba una separación de la política y una negación del sujeto como núcleo de verdad histórica. En este mismo sentido, captaba al antihumanismo teórico como un postulado que tendía a abandonar los problemas de la estructura subjetiva del sujeto político. Así intentaba demostrar que bajo el objetivo explícito de negar la subjetividad burguesa, el althusserianismo dejaba abandonada “entre los trastos viejos de la burguesía”⁴⁶ la contradicción esencial que el sujeto político debía asumir para llevar a cabo un movimiento efectivamente revolucionario. Rozitchner procesaba con agudeza la filiación teórico-política de Althusser –“resabios stalinistas”⁴⁷–, su concepción del sujeto –“portador, siempre mensajero, changarín de una verdad ajena, y en última instancia, esclavo”⁴⁸– y la adopción de dichos postulados por parte de los intelectuales argentinos –“Althusser escribe en realista, y los nuestros repiten, sin rubor”⁴⁹–. En suma, el althusserianismo como relectura estructuralista de Marx que contribuía al ocultamiento de las contradicciones subjetivas inherentes al sistema capitalista, y los althus-

45 Rozitchner, León. *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 24.

46 *Ibid.*, p. 27.

47 *Id.*

48 *Id.*

49 *Id.*

serianos argentinos como intelectuales seducidos por un saber con consecuencias contrarrevolucionarias:

*Troncos de izquierda, despojados de lo más propio por la defoliación althusseriana, se quedan sin savia y sin hojas, sólo esqueletos de una espesura anterior o posible. Colonizados al fin por la moda de los centros europeos, de la que también toman su penúltimo grito, ¿qué mayor muestra de la sumisión colonizadora que este pedido ante el cual los humillados por el saber rinden lo más propio, la propia diferencia, el lugar más particularizado desde el cual podría ésta emerger: su propia subjetividad sometida? Porque es otra realidad la que allí grita y no la nuestra. Pero no por eso el pequeño burgués de cada uno que comenzó el tránsito lo terminó con la aceptación de la 'ciencia' marxista: lo negado abstractamente subsiste y, como nos enseña Freud, nos sigue determinando, sólo que ahora dedicando nuestras energías a que no aparezca. Meandros de la lógica represiva que ningún privilegio político podría anular*⁵⁰

Althusser con Lacan: disputas en torno a una apropiación

Si este pasaje de *Freud y los límites del individualismo burgués* da cuenta de una manera sumamente ilustrativa de la distancia existente entre los usos de Althusser desarrollados en los primeros textos de Barembliitt y el lugar que le cabía al althusserianismo en otros ejercicios contemporáneos de articulación entre marxismo y psicoanálisis, otro episodio de la vida intelectual argentina de comienzos de la década de 1970 nos permite advertir de forma explícita el vínculo conflictivo entre las apropiaciones de Althusser realizadas desde el freudomarxismo y las llevadas a cabo desde el lacanismo. Durante el año 1972 la revista *Los Libros* fue escenario de un debate a propósito de la conformación de los grupos Plataforma y Documento y la edición de los volúmenes *Cuestionamos*.

El número 25 de la revista, dedicado al tema “Psicoanálisis y política en la Argentina” -el cual se presentaba con una tapa en la que Freud y Marx aparecían juntos- incluía, además de los ya citados documentos fundacionales de los grupos y los materiales sobre el Centro de Docencia e Investigación, un artículo de la psicóloga Miriam Chorne y del sociólogo Juan Carlos Torre y otro del psicoanalista Germán García en los que se abordaba un conjunto de problemas relativos al proceso de ruptura de la APA. Como se afirmaba en la nota anónima en la que se presentaba el contenido del número, la intervención de la revista en el debate acerca del vínculo entre psicoanálisis y política perseguía el objetivo de refutar la concepción del proceso de politización de los psicoanalistas como advertencia del carácter apolítico del ejercicio de su profesión. Lo que

50 *Ibid.*, p. 28.

este entendimiento ignoraba, de acuerdo al Consejo de dirección de la revista, es que toda actividad es política aunque el sentido de su inscripción no se manifieste en un plano consciente. En esta misma dirección, la lectura de los textos programáticos de Plataforma y Documento por parte de miembros de la revista se justificaba por la necesidad de evidenciar “la distancia de los hechos con la fantasía de sus protagonistas”⁵¹. Sin dudar de la franqueza ni de la legitimidad de las afirmaciones realizadas por los miembros de dichos grupos, *Los Libros* se esforzaba por visibilizar la dificultad que aquellos tenían para pensar la instalación de un sentido revolucionario en una práctica específica.

Sobre esta base común, Chorne y Torre se detenían en la pobreza de los contenidos de los programas de Plataforma y Documento. Según su perspectiva, una parte importante de esta falencia no se debía tanto a las limitaciones intrínsecas de los grupos como a las características de la institución de la que se separaban. No podía esperarse otra cosa de sujetos que provenían de un espacio autosuficiente en el que se había codificado la práctica analítica y se habían convertido los problemas relativos a su aprendizaje y ejercicio en una cuestión meramente administrativa. Haberse salido de un espacio con tales características no podía tener sino efectos positivos, especialmente en lo relativo a la recuperación de una capacidad crítica frente a una accionar ritualizado. Sin embargo, dicha separación no le proporcionaba ninguna herramienta al sujeto que buscaba pensar de otro modo los problemas fundamentales de la teoría y la práctica psicoanalítica. Al renunciar a las respuestas canonizadas de la institución, Plataforma y Documento se habían hecho cargo de un desafío, pero a los fines de afrontarlo no tenían “otras armas que las carencias del mundo que abandonan”⁵². Según Chorne y Torre, el lugar en el que más se evidenciaba esta falta era en el trabajo emprendido por los miembros de los grupos alrededor de una revisión teórica que permitiera confrontar con el esclerosado saber institucional. En base a una necesidad de incorporar conocimientos de otras ciencias y completar la formación parcializada impartida por la institución, los programas desarrollados por los grupos daban cuenta de un esfuerzo de apertura del psicoanálisis hacia otros saberes. El problema radicaba en que este movimiento aperturista no estaba acompañado por una reflexión acerca del modo en el cual se articulan los conocimientos provenientes de las diferentes ciencias. Se advertía así en las propuestas de Plataforma y Documento 51 “En este número”. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 25, Marzo 1972, p. 2.

52 Chorne, Miriam y Torre, Juan Carlos. “El porvenir de una ilusión”. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 25, Marzo 1972, p. 3.

cumento un eclecticismo que conducía a confundir los distintos niveles de realidad y yuxtaponer diferentes núcleos teóricos.

En esta misma dirección, Chorne y Torre percibían una confusión en los términos en los cuales las declaraciones de ambos grupos planteaban la relación entre psicoanálisis y política. Según su lectura, el afán politizador que aquellos documentos trasuntaba resultaría estéril de no mediar una reflexión acerca de los instrumentos necesarios para llevar a cabo una intervención política en el ámbito psicoanalítico. Los efectos negativos de dicha ausencia se percibían en una tendencia al declaracionismo en relación al programa político y a la vaguedad con respecto a los beneficiarios de la acción a llevarse a cabo. Si esta dimensión analítica conllevaba la advertencia de cierto intelectualismo en Plataforma y Documento, el cual les hacía suponer que la remisión al marxismo era suficiente para obtener una práctica revolucionaria, Chorne y Torre advertían una distorsión inversa en el modo en el cual se concebía la relación entre práctica política y práctica profesional. Es decir, pensar la politización en clave de vinculación entre el psicoanalista y las organizaciones políticas revolucionarias implicaba el desconocimiento de la existencia de un nivel específico de intervención del psicoanálisis sobre la sociedad. En esta lectura, el rescate de la especificidad de la intervención militante del psicoanalista operaba como una advertencia de que la participación política del psicoanalista no puede reemplazar a la “gestión profesional, políticamente orientada, en torno a los problemas de la salud mental en la sociedad”⁵³. Frente a la pregunta sobre cuál es la intervención política que le corresponde a un profesional, Chorne y García intentaban disolver la oposición entre una politización que abandona el campo específico y un repliegue pesimista sobre la propia práctica profesional. Si la respuesta a aquella pregunta era la de una reestructuración del rol profesional en la que la práctica específica operaría un cuestionamiento permanente del ámbito institucional e ideológico en el cual ésta se lleva a cabo, la lectura de los modos en los cuales se relacionaba psicoanálisis y política en las declaraciones de Plataforma y Documento no podía tener sino un cariz negativo.

La intervención de García se detenía en los mismos puntos problemáticos que la lectura de Chorne y García. En primer lugar, en el problema de la práctica política como uno de los puntos ciegos de la práctica psicoanalítica. Al respecto, García repasaba los pasajes de los textos compilados en *Cuestionamos* en los que se mencionaba la cuestión del vínculo entre ciencia y revolución para concluir que lo allí afirmado era producto

⁵³ *Ibid.*, p. 4.

de “una voluntad teóricamente frágil y políticamente superficial”⁵⁴. Se-mejante caracterización se sustentaba en un cuestionamiento particularmente incisivo de la aprehensión del proceso de politización en clave de toma de conciencia. El planteo del Cordobazo como episodio que había despertado a los psicoanalistas evidenciaba la concepción de que la problemática política no los había atravesado anteriormente. De esta manera, el pasaje desde un psicoanálisis sin política hacia una práctica profesional politizada era expresado en términos lacanianos como una protesta idealista contra el caos del mundo. Los miembros de Plataforma y Documento jamás alcanzarían una politización efectiva de continuar pensado lo social como un exterior a una práctica profesional que se desarrolla inevitablemente dentro de la sociedad. En este mismo sentido, García advertía la forma en la cual el vínculo deseado por aquellos psicoanalistas como “el marxismo” y “el psicoanálisis” aparecía como la apropiación de elementos ya dados y no como un trabajo necesario de construcción de saberes. Al igual que la palabra pan no da de comer, ironizaba, las declaraciones no sustituyen a las prácticas; al reemplazar unas por otras, los psicoanalistas no hacían más que reforzar “la ceguera teórica de su práctica científica”⁵⁵. A los fines de evitar la tendencia voluntarista a creer que la inversión de la ideología de la neutralidad alcanza para lograr una ciencia comprometida, García postulaba la necesidad de un trabajo de articulación entre la práctica y la teoría analítica y la teoría política específica a la pretendía acceder.

Las lecturas desarrolladas por Chorne y Torre y García no podían pasar por alto que algunos de los artículos reproducidos en *Cuestionamos* escapaban en parte a las acusaciones lanzadas desde las páginas de *Los Libros*. Este problema aparecía de manera explícita en la intervención de García, quien frente a la necesidad de aclarar que algunos textos de la compilación daban cuenta de un reconocimiento de los problemas por él advertidos, creyó necesario adjuntar una nota al pie en la cual se daban mayores precisiones de dicha confluencia. Por un lado, García dejaba constancia que existían en el seno de Plataforma y Documentos reflexiones acerca de los vínculos entre psicoanálisis y política que no eran merecedoras de las caracterizaciones generales: “[el análisis] no hace justicia a los pocos textos de *Cuestionamos* que se plantean, sin anular los dos campos ni confundirlos, la relación entre la práctica y la teoría analítica y práctica y la teoría política”⁵⁶. Sin embargo, dichos textos tam-

54 García, Germán. “Cuestionamos, las aventuras del bien social”. *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 25, Marzo 1972, p. 12.

55 *Ibid.*, p. 13.

56 *Id.*

poco podían liberarse totalmente de las críticas generales impuestas a *Cuestionamos*, en tanto formaban parte de un conjunto de intervenciones que apuntaban mayoritariamente en un sentido contrario al que aquellos buscaban propiciar: “[n]o se trata de un descuido, sino de señalar que el contexto de la antología distorsiona, cuando no contradice abiertamente, la significación de esos textos”⁵⁷.

Si la mención a la no superposición entre práctica profesional y práctica política podía hacer suponer que los textos aludidos por García eran precisamente los de Baremlitt, el número 27 de la revista vino a despejar toda duda. A modo de continuación de la discusión abierta en el número 25, se reproducía allí una respuesta de Baremlitt al texto de Chorne y Torre y al de García. Los términos a través de los cuales Baremlitt enfrentaba las críticas lanzadas desde la revista permiten constatar de manera privilegiada tanto la distancia y la afinidad existente entre las formulaciones de Baremlitt y los otros miembros de Plataforma y Documento como la confluencia y la separación entre dichas formulaciones y la propuesta lacaniana. Con un epígrafe del pasaje de *Lire Le Capital* en el que Althusser refería al problema de la culpabilidad de toda lectura -“toda lectura es culpable”-, Baremlitt establecía un diálogo con sus críticos del que desligaba a los otros autores de *Cuestionamos* y al resto de los miembros de Plataforma y Documento. Resulta interesante destacar que su respuesta refrendaba varias de las advertencias realizadas por Chorne y Torre y García. Baremlitt coincidía en que los psicoanalistas salidos de la APA carecían de herramientas para consumir una alternativa teórica y práctica al psicoanálisis institucional. Asimismo, señalaba la justeza de caracterizar como una operación de simplificación y falsa homologación la asociación establecida entre el Cordobazo y la politización de los psicoanalistas. Finalmente, valoraba la impugnación de las posiciones humanistas predominantes en *Cuestionamos* así como el señalamiento de una tendencia declamatoria y voluntarista en el planteo de las relaciones entre psicoanálisis y política por parte de los miembros de Plataforma y Documento.

Pero al mismo tiempo que avalaba varias de las advertencias e impugnaciones realizadas por los miembros de la revista, Baremlitt se mostraba cauteloso frente a algunas de las implicaciones de las lecturas desarrolladas por Chorne y Torre y, especialmente, García. A través de un contrapunto en el que resuenan otros debates en los cuales participaron intelectuales vinculados a *Los Libros*, Baremlitt les reprochaba a aquellos el sostenimiento de una aproximación meramente correctiva a

57 *Id.*

Cuestionamos y el desconocimiento del esfuerzo desarrollado por Plataforma y Documento en pos de una intervención política concreta. Si bien el proceso de politización desplegado por aquellos grupos adolecía de una clarificación acerca de los vínculos entre teoría y práctica, no podía pasarse por alto el carácter progresivo de la delimitación de un proyecto alternativo al de la APA. Del mismo modo relativizaba Baremlitt el carácter absoluto de la carencia de conocimiento en los psicoanalistas salidos de la institución así como la tendencia hacia el eclecticismo en su propuesta de articulación de los diversos saberes. Tal como evidenciaban sus textos publicados en *Cuestionamos*, algunos de los miembros de Plataforma y Documento tenían un conocimiento sobre problemas de teoría y práctica psicoanalítica distinto al impartido y defendido por la institución. Asimismo, la propuesta allí delimitada consistente en la revisión del marxismo y el psicoanálisis a través de una lectura centrada en la ruptura operada en cada una de las tradiciones actuaba a modo de refutación de la supuesta carencia de criterios en el trabajo de apertura teórica. Si bien todos los participantes del debate compartían la necesidad de diferenciar práctica profesional y práctica política, el sentido que Baremlitt le otorgaba a dicha diferencia divergía claramente del de sus críticos:

*es clarísimo que, para nosotros, los múltiples aspectos tales como revisar nuestra ciencia, buscar la correcta articulación con otras e indagar por nuevas formas de inserción política, son distinguidos entre sí. Se privilegia, claro está, la aplicación política pero eso no quiere decir que se omita la búsqueda de cientificidad. ¿Es eso confusión de niveles, yuxtaposición de núcleos teóricos?*⁵⁸

Los pasajes más explícitos a través de los cuales Baremlitt respondía las acusaciones de García dejaban en claro que su participación en el registro teórico inaugurado por Althusser estaba absolutamente condicionada a la disociación entre lacanismo y althusserianismo. Si los textos de *Cuestionamos* abordaban este problema pero mantenían velados a los destinatarios de la crítica, la polémica establecida con los intelectuales de *Los Libros* le permitió a Baremlitt confrontar directamente con aquellos que operaban una asociación entre ambas corrientes. Esta confrontación se desenvolvía, por un lado, en un plano recortado al interior de la obra de Lacan. Si bien Baremlitt valoraba determinados elementos implicados en relectura de Freud propiciada

58 Baremlitt, Gregorio. "El malestar en la cultura... y sus revistas". *Los Libros. Para una crítica política de la cultura*. N° 27, Julio 1972, p. 14.

por Lacan, tales como la vinculación con la lingüística y la revalorización del deseo, advertía también sobre la necesidad de revisar aspectos problemáticos de su obra: “al Lacan reduccionista que hipostasía al deseo como la esencia de la naturaleza humana, al Lacan Hegeliano-Kantiano que afirma la incognoscibilidad de la único realmente existente, el inconsciente, al Lacan ‘lingüístico’ que sostiene a la lengua como la materialidad del psiquismo”⁵⁹. Junto a esta diferencia de índole teórica, Baremlitt regresaba al problema de las implicaciones político-intelectuales del lacanismo. En este caso, las críticas que le habían sido formuladas por García eran tomadas como ejemplo de las operaciones que debían ser evitadas a los fines de propiciar una articulación efectiva entre psicoanálisis y política. Por un lado, la tendencia a descalificar y distorsionar los argumentos criticados: “su metodología de selección discrecional de fragmentos para la crítica, la mordacidad de su estilo y el cientificismo neo-colonialista francés”⁶⁰. Por el otro, las consecuencias conservadoras de una lectura cientificista con un objetivo meramente censor: “temo a una generación de Catones que munidos de buena información y ‘carentes de culpa’ instauren el neocientificismo psicoanalítico amparados en la especificidad de las prácticas y el preciosismo galicista”⁶¹. Tal como hemos visto anteriormente, el lacanismo en Baremlitt no solo no era una inflexión progresiva en la tradición psicoanalítica, sino que representaba el peligro de una reconstitución del psicoanálisis institucional.

Conclusión

El repaso por los textos fundamentales producidos en el contexto de crisis de la APA nos permitió certificar que los modos predominantes de concebir los vínculos entre marxismo y psicoanálisis abrevaban en la tradición freudomarxista. Entendida la relación entre ambos corpus teóricos en términos de analogía y la intervención política de los psicoanalistas en clave de compromiso, el sentido que los grupos Plataforma y Documento le otorgaban a su impugnación a la institución psicoanalítica estaba lejos del que podía desprenderse de un posicionamiento althusseriano. De allí la atención que han merecido las reflexiones realizadas en este contexto que acudían a formulaciones althusserianas. Al respecto analizamos las intervenciones de Baremlitt en tanto espacio de recepción de la propuesta althusseriana de lectura científica de Freud y de pro-

59 *Ibid.*, p. 15.

60 *Ibid.*, p. 14.

61 *Ibid.*, p. 15.

blematización de la relación entre teoría y política. Asimismo destacamos la singularidad de esta lectura en tanto la incorporación de formulaciones althusserianas estaba condicionada al rechazo frontal de las implicaciones teóricas y políticas del lacanismo. El seguimiento del itinerario de Baremlitt nos permitió constatar la pervivencia de sus críticas al freudomarxismo y al lacanismo así como analizar la introducción del problema de la ideología. Por último vimos cómo el althusserianismo comenzó a ser objeto de una reflexión crítica a medida que Baremlitt se acercaba a las discusiones abiertas por Deleuze y Guattari.

Finalmente el repaso por dos intervenciones alrededor de la relación entre marxismo y psicoanálisis nos permitió dar cuenta de los efectos que tuvieron en el campo psicoanalítico argentino las lecturas de Althusser realizadas en los marcos del freudomarxismo. Con el repaso de la lectura de Althusser llevada a cabo por Rozitchner accedimos a una articulación entre marxismo y psicoanálisis hostil a la tendencia cientifizadora y antihumanista del althusserianismo. Al insistir en la necesidad de una teorización del problema de la subjetividad, Rozitchner veía en las tesis althusserianas el índice de un posicionamiento políticamente regresivo. El debate entre Baremlitt y sus lectores lacanianos nos permitió indagar aún más en la singularidad de la lectura de Althusser desarrollada en el contexto de crisis de la APA. Si bien exceptuaba sus textos del freudomarxismo reinante en Plataforma y Documento, Chorne y García advertían en Baremlitt cierto apego a las confusiones propias de aquel modo de concebir las relaciones entre marxismo y psicoanálisis. En un sentido especular, Baremlitt suscribía las acusaciones lanzadas por el lacanismo a la vez que condicionaba la recepción de las tesis althusserianas a la reflexión acerca del potencial negativo del programa renovador propuesto por Lacan. Cercanas y lejanas al mismo tiempo, estos dos posicionamientos permiten dar cuenta de una compleja disputa por la apropiación de Althusser en el seno del psicoanálisis argentino.